

### III

El acontecimiento del día es la entrada a la Academia del marqués de Vogüé, su discurso y la respuesta de José María de Heredia. El «preux» y el conquistador. Se ha visto más que nunca que la Academia es, ante todo, un oficial salón aristocrático. La fiesta ha sido un triunfo del mundanismo y de la nobleza. Allí había Gotha, d'Hozier y el *Almanach des châteaux*. La pompa solemne era sacada de una página de historia. El académico entrante y el que le recibía tienen una buena parentela de armaduras. Heredia lleva en su blasón, si mal no recuerdo, una ciudad de plata bajo una palmera de oro, o viceversa; Vogüé, un gallo de oro sobre campo azul.

Como es natural, Vogüé hace el elogio de su antecesor, el duque de Broglie. Habla de su vivaz inteligencia, de su espíritu penetrante e incisivo y del

fondo vigoroso de su alma. Y no calla sus lados opuestos y defectuosos, como su tímidez. ¿Quién diría que el fuerte duque de Broglie fuera un tímido? «Este hombre, cuyo coraje cívico y valentía moral no se desmintieron nunca, era un tímido que el contacto de sus semejantes embarazaba, a quien un acto de autoridad costaba un penoso esfuerzo. Su naturaleza, un poco dura, sujeta a extrañas distracciones, no respondía siempre a los impulsos de su corazón o a las intenciones de su perfecta cortesía.» Cuestión de «raza». Tanto en un discurso como en otro, a cada momento se habla de raza. Largos párrafos van desenvolviéndose, evocando rasgos históricos, presentando tipos vigorosos de mariscales, de estadistas o de obispos. Aguarda uno el momento en que, por fin, llegue la parte de las letras, objeto principal, al parecer, de la Academia. Y llega sin gran brillo, aunque respetable, la cita de la obra intelectual del duque de Broglie. Algún sentimental lamentaría que no aparezca en todo el discurso una sola vez citado el nombre del pobre Doudan, el áulico preceptor, el filósofo doméstico, el fiel cronista de los Broglie. Cierto es que no era sino un criado para el cerebro.

El discurso de Vogüé es una obra maestra de ese estilo correcto, distinguido, eminente, que conviene a los escritores de su laya, temerosos o desdeñosos de la metáfora; literatura de buen tono. En un párrafo, creeríase oír una repetición de la escena de los retratos en *Hernani*... «Francisco María de Broglie, el primero que sirviera a Francia y que se hizo matar a los cincuenta y seis años por su patria adopti-

va—Víctor Mauricio, que fué el primer mariscal de su nombre—; Francisco María, el lugarteniente preferido de Villars, que fué el último en dejar el campo de batalla de Malplaquet y entró el primero en la de Denain, y que a su vez mariscal de Francia, peleaba aún en Bohemia a los setenta años, Víctor Francisco, tercer mariscal, el vencedor de Bergen y de Sondershausen; su hermano, el discreto y valiente depositario del *secreto del rey*; su hijo Mauricio, obispo de Gante, quien resistió a Napoleón y preparó la emancipación de la Bélgica. Otros aún, cuyos servicios, no por ser menos brillantes fueron menos abnegados.» Los párrafos y las frases van en el discurso guardando su categoría; sin precipitaciones ni violencias. La admiración misma se manifiesta con pulcritud. Aun en los pasajes en que se trata de política, nada revela que se altere la noble limitación de la pieza académica. Apenas en un punto, a propósito de la actitud de Broglie con Chateaubriand, expresa: «Una voz solamente salió del círculo habitual de sus trabajos y de su moderación habitual, Las *Memorias de ultratumba* acaban de aparecer; esta confesión póstuma del genio, que descubriría sin prudencia las más secretas llagas de un alma desgarrada, y mostraba, sin velos, todo lo que la irremediable flaqueza humana puede mezclar de pequeñeces y de egoísmo a las sublimes aspiraciones del patriotismo. El joven crítico se indignó. Vertió su indignación en rasgos de un raro vigor y viril elocuencia en que fragelaba con mano implacable las tristes confidencias de un viejo lúgubre, las injustas recriminaciones del político desengañado, le-

vantando la piedra de su tumba para verter la calumnia, en la seguridad y la irresponsabilidad de la muerte.» Confesaréis que, aun lo de «viejo lúgubre», aplicado nada menos que a Chateaubriand en tal recinto, guarda siempre ciertas conveniencias.

La producción intelectual de Broglie aparece, ya que no grandiosa, respetable. Como historiador, su *Historia de la Iglesia y del Imperio Romano en el siglo IV*, le da una buena base. Es una obra de estudio, de reflexión y de labor, pero hecha con un criterio parcial en cuanto a ideas religiosas, y muy lejos de un procedimiento estrictamente científico. En dos revistas, la *Revue des Deux Mondes* y el *Correspondant*, dejó gran parte de sus lucubraciones el autor blasonado que, a los cuarenta años, era acogido por la Academia, bendecido por Pío IX y defendido por Lacordaire.

M. de Heredia, para responder a la aristocrática arenga, se puso todos sus hierros españoles; sacó la vieja espadana del abuelo de Cartagena, y tuvo gestos de adelantado que ni el mismo Pedrarias Dávila o Pedro de Mendoza. Sabido es que Heredia tiene la nobleza homérica de los fundadores de ciudades, y guarda en su salón, como una joya heráldica, una evocación de «L'Ancêtre» por Claudius Popelin.

Su discurso fué otro desfile de figuras nobiliarias y de hechos heroicos, iluminados esta vez por el resplandor meridional de su verbo de poeta, y en la música de un idioma sonoro y metálico. Hay allí una gran cantidad de sonetos perdidos.

El severo y magnífico D. José María ha demostra-

do una ocasión más que el *deus* no abandona a los favorecidos de las Gracias en ninguna ocasión, así sea en la ardua de contestar el discurso académico de un Vogüé. Galeras conquistadoras, choques de armas, vuelos de gerifaltes, todos los trofeos aparecen en el animado fondo de esa prosa elegante y soberbia. No dejará él de dirigir sus párrafos genealógicos a propósito de los Vogüé, como al cubrirse por vez primera un grande de España. «En el año de 1084 Bertrand de Vogüé funda el monasterio de San Martín de Villadiou. Raymond de Vogüé estuvo en la tercera cruzada, si he de creer a una escritura fechada en 1191 en el campo cristiano, bajo los muros de Ptolemais sitiada, por la cual el buen caballero recibe prestados de algún judío o lombardo ochenta y cinco marcos de plata. Paso, en el curso de los siglos, más de un Raymond, Jorges, Pedros, Geoffroys y Audebertos. De todos esos barones, caballeros o donceles, los mayores guerreaban, se casaban con herederas y vivían noblemente, acreciendo su dominio y su descendencia. Grandes bailios de espada del alto y bajo Vivarais, caballeros de la Orden, se asentaban en los estados de la nobleza de Languedoc. Los menores eran obispos o canónigos de Viviers y de Trois-Châteaux, o entraban en la Orden de San Juan de Jerusalén, mientras que las hijas no casadas se hacían religiosas o abadesas de Saint-Bernard d'Alais y de Saint-Benoît d'Aubenas.» Con toda la dignidad del caso, el hidalgo enumera todas las glorias familiares de ese antiguo y frondoso árbol de Vogüé, en que han florecido muchos reyes magos; conviene a saber, varios

Gasparés, Baltasares y Melchores, uno de los cuales ocupaba ya un sillón de la Academia Francesa y es uno de los escritores más eruditos, discretos y sabrosos de estas letras contemporáneas. M. de Heredia quiere disculparse, en un pasaje de su persistencia, en tratar esos asuntos personales, y da por excusa que en la Academia, «l'homme, quel qu'il soit, n'est estimé qu'à sa valeur personnel». Haciendo el elogio de toda la ilustre parentela, halaga al recién venido y de paso a la Corporación que, como la otra que sabéis, pretende o aparenta fijar, limpiar y dar esplendor a la lengua de Flaubert y de Baudelaire—, dos que no pertenecieron al senado «inmortal».

La prosa de M. de Heredia tiene mucho de marcialidad; cosa no extraña en el traductor de *Bernal Díaz*, y compulsador de tanta crónica y página de viejos soldados escritores. El épico penacho de crin aparece de cuando en cuando. Y la gallardía, la *superbia* lírica, no abandonará en todo el tiempo al adorador de Musagetes. Por esto no puedo menos que imaginarme una vaga sonrisa en ciertos colegas suyos que se sientan en el ilustre Instituto única y exclusivamente «por su valor personal». «¡Poeta, pensarán, poeta!» mientras los pensamientos heroicos y las cláusulas sonantes se van por el aire de la inmortalidad

Comme un vol de gerfaults hors de charniers nata.

Los méritos del marqués de Vogüé son, por otra parte, positivos, y su entrada a la Academia estaba

prevista desde hacía tiempo. Además, era ya miembro del Instituto en su sección de Inscripciones y Bellas Letras. Los trabajos de ese noble son muchos y enormes. M. de Heredia saluda admirado esas *Iglesias de la Tierra Santa, Templo de Jerusalén, Siria Central, Inscripciones semíticas*, que han colocado a su autor en un honorable puesto entre los modernos arqueólogos: «Vos habéis fijado las reglas sobre la paleografía fenicia y aramea, aclarado más de un punto de historia por las inscripciones y la numismática, establecido el carácter del arte fenicio, revelado el arte chipriota, explicado la representación religiosa y comercial de los hebreos y de los arameos en Siria, y arrojado una luz nueva sobre los palmirianos y los nabateos, esos dos pueblos que el comercio del Oriente hizo tan prósperos y que han desaparecido dejando dos maravillas: las ruinas de Thadmor y las de Petra. Cuando en 1868 fuiste elegido miembro libre de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, ya estábais considerado desde hacía largo tiempo como uno de los maestros de la arqueología oriental». Ya veis, pues, que en este caso las brillantes armas de Heredia rinden bien los honores, y esos honores son justos, puesto que se hacen a un aristócrata del estudio y de la sabiduría, antes, o al mismo tiempo que al descendiente de una docena de mariscales y una veintena de duros y «ferrados» barones, matizados de amatistas con varias abadesas y dignatarios episcopales.

La Academia une, después de todo, a los hombres de genio que alberga como a los mediocres de espíritu resplandecientes de apellidos, en una misma

tarea, vaga y eterna: hacer el diccionario. Un diccionario que se está haciendo desde hace muchísimo tiempo y que, probablemente, no se acabará nunca. Sospecho que ese es el secreto de la «inmortalidad». Si algún poeta está en su puesto en tan misteriosa y dilatada tarea, es M. de Heredia, que tardó los años que se sabe en dar a luz sus famosos sonetos.

Ya hay, pues, dos de Vogüé en el ilustre recinto «bajo la Cúpula», como se dice por aquí. El vizconde Melchor guarda silencio desde hace algún tiempo. No hay que olvidar que se le deben libros resonantes y meritorios, y que es un gran admirador y celebrador del espíritu y de la solidaridad latinos. Él fué quien, oficialmente, digamos así, presentó la obra de Gabriel D'Annunzio a los franceses.

El marqués, una vez en posesión de su silla, podrá hacer notar a su pariente que falta otro Vogüé todavía en el Instituto, para que quede completo e número de los reyes magos tradicionales.



## IV



OR fin Enrique Heine tendrá su estatua en París, verdadera patria suya. Sabido es que su patria original, la tierra de su nacimiento, Alemania, no ha consentido en que se levante el menor monumento.

Razones ha tenido Alemania para no tratar con excesivo cariño al portalira de la sardónica musa, que le dijo y cantó tantas verdades. Amor con amor se paga. Mas lo cierto es que los profetas y las patrias no han hecho nunca buenas migas. Un profeta molesta mucho al vecindario, perturba al cura, inquieta al alcalde; vale más que vaya a otra parte a hacer sus profecías. Si no se va, se le crucifica, se le apalea o se le desdénia. Pero entonces, sí, inmediatamente que muere, se le dedica una calle o se le inaugura un simulacro de mármol o de bronce. Heine amó grandemente a Francia; amó, sobre todo, a

París, respiró este ambiente, sufrió aquí la terrible enfermedad que tanto le hizo padecer, y reposa en un rincón del cementerio de Montmartre. Allí están los despojos de aquel que dijo: «Yo soy un ruiñeñor alemán que vino a hacer su nido en la peluca de Voltaire.»

Un ruiñeñor alemán... Cantó divinamente aquel ruiñeñor. Cantó divina y dolorosamente; así Dios, según dicen, saca los ojos a sus pájaros de poesía para que canten mejor.

Muchas gracias. Valdrá más, entonces, no cantar ni bien ni mal. ¿Por qué la desventura ha de ser condición del genio, y, sobre todo, de los maestros de la armonía, desde Homero, rey de los ciegos y de los cisnes?

Heine, dulce y áspero, risueño y sollozante a veces, padeció muchísimo, espiritual y corporalmente. Por eso se construyó su fina armadura de ironía, su escudo de desdén, su espada de amargura. Y de esa manera, alejado de los olimpos de un Goethe, o de la serena meditación de un Novalis, rompe con todos los dioses y desconfía de todos los hombres. Apenas algo antecesor en esto de Nietzsche, dedica una parte de su admiración a los grandes conquistadores, a los acaparadores de la gloria que, como el emperador francés, dominan en los siglos. Francia le atrajo con el irresistible encanto de sus seducciones. Alemania, gran madre, sin embargo, *Germania mater*, no ha llenado los sueños y aspiraciones de más de uno de sus ilustres hijos. Fuera de sus cazadores de absoluto, Fichte, Schelling, Hegel, están los que protestan y se erizan. «Previendo mi

muerte, dice Schopenhauer, declaro: que desprecio la patria alemana, a causa de su estupidez, y que me avergüenzo de pertenecer a ella.» Y Heine: «El pueblo prusiano, es siempre el mismo pueblo de muñecos pedantes; siempre el mismo ángulo recto a cada movimiento, y, en el rostro, la misma suficiencia helada e estereotipada. Se apretaban, siempre tan tiesos, tan estirados, tan estrechos como antes, y derechos como una l. Diríase que se han tragado la vara de cabo con que antes les zurraban». «Es el país chato de Europa», escribe de su Alemania el flagelante Nietzsche: *Das Flachlan Europas*.

Pero la verdad es que aquel judío melodioso ha entrado a la eterna Walhalla de la gloria, si no a la consideración oficial del imperio de Guillermo II. Si en su *Alemania*, si en su *Atta Troll*, si en muchas partes de su obra admirable, zahiere la patria que no le fué maternal ni simpática, extrajo de ella misma una inmensa riqueza poética. En la luz de sus claros de luna cristalizó más de un collar de perlas del más mágico oriente: hay versos suyos eternamente húmedos de rocío de sus florestas y campos; el ensueño alemán flota, con su legendaria bruma, en el canto musical y entristecido del prusiano rhenano.

De su permanencia en París, Gautier nos ha dejado algunas páginas muy bellas. Cuando sufría el ruiñeñor alemán, ya herido por su dolencia, no en la peluca de M. de Voltaire, sino en la silla de enfermo de la que no podía levantarse, le pinta un escritor, habitando rue de la Chataigneraie en Montmorency: «Vivía solo, pobre, orgulloso, cuidado por su mujer, que era muy bella, un poco vulgar. La amaba mu-

cho y le toleraba, sin embargo, un compañero bastante desagradable: un loro hablador. Era una gran condescendencia de su parte, pues el menor ruido le irritaba. No podía ni resistir el tic-tac de un reloj en el bolsillo de un visitante; su sensibilidad exacerbada transformó la mitad de su existencia en áspera agonía. Pasó sus días como un desollado vivo.»

Suplicio prometeano, suplicio dantesco. Hay en él entonces algo de un Job irónico. No cabe en su delicadeza de imaginativo y de sensitivo la dura blasfemia, el desahogo brutal. Las abejas de su jardín zumban, melancólicamente, y extraen su miel heráclea de los más amargos ajenos y gencianas.

Es interesante, vivamente interesante el culto, el cariño admirativo de la pobre y trágica emperatriz de Austria, Isabel la mártir, por la memoria y la obra del lírico alemán.

La tontería ultrapatriótica rechazó a éste de Berlín; la torpeza antisemita le negó la ciudadanía de Viena. No quisieron en la capital austriaca su estatua porque era israelita. No querían el azor ni los ejemplos buenos, por nacer en «vil nio» y «por los decir judío» como reza el verso de Rabbi Sem Tob. La princesa atrida, entonces, en su villa de Corfú le levantó su monumento. Muerta la emperatriz y puesto a la venta el Achilleion, un millonario italiano ha querido ser generoso también con el poeta, y ha dado la estatua para que sea colocada en la tumba del cementerio de Montmartre. No ha de faltar el día de la inauguración el cumplido homenaje de Pa-

rís. El primero de los satíricos modernos, según el sentir de Menéndez Pelayo; pero sobre todo, el poeta, el melodioso y triste poeta, tendrá flores en su sepulcro y se celebrará su gloria como en lugar propio.

Sí; Heine el volteriano es ciudadano de París, Heine, el admirador de Napoleón, tiene ganada su carta de ciudadanía francesa.

¿Recordáis la balada? Dos granaderos, prisioneros en Rusia, volvían a Francia. Y al entrar en país alemán, inclinaron la frente. Allí escucharon ambos esta triste noticia, la Francia perdida, el gran ejército vencido y mutilado y el emperador, el emperador prisionero. Entonces, los dos granaderos se pusieron a llorar juntos, al saber tan tristes nuevas. El uno dijo: «¡Cuánto dolor siento! ¡Cómo me arde mi vieja herida!» El otro dijo: «La canción ha concluido; yo también quisiera morir; tengo, sin embargo, mujer e hijo en la casa que, sin mí, perecerían. Qué me importa mi mujer, qué me importa el hijo: tengo más alto un deseo mejor. Que mendiguen cuando tengan hambre. ¡Mi emperador, mi emperador prisionero!

»Hermano, concédeme lo que te ruego: si muriere ahora, lleva mi cadáver a Francia, entiérrame en la tierra de Francia. La cruz de honor con la cinta roja me la colocarás sobre el pecho; me pondrás el fusil en la mano y me ceñirás mi espada.

»Quedaré acostado así, el oído atento, como un centinela en la tumba, hasta que escuche al fin los aullidos del cañón y el sonar de cascos de los caballos relinchantes.

»Mi emperador entonces, tal vez pasará sobre mi tumba, mil espadas se chocarán y brillarán. Así, saldré todo armado de la tumba, para proteger al emperador, ¡al emperador!...»

Pocas lirras francesas han celebrado con más bello sonar la grandeza del Cabito, del *Petit Caporal*.

M. George d'Esparbes, debe hacerse presente en la fiesta de Heine, su antecesor, en el culto de la leyenda del Aguila.

Tanto peor para las patrias que desconocen a sus hijos ilustres; tanto peor para las patrias cuando los hijos gloriosos las dicen con justicia: «No tendrás mis huesos». Alemania hará construir cien monumentos más a sus mariscales, políticos y Césares.

Heine descansa contento en París.

\* \* \*

Tiempo después de escritas las anteriores líneas he asistido a la inauguración del monumento, un modestísimo monumento. No hubo, pues, regalo de millonario. Tanto mejor.



V

**D**os artistas—uno argentino, el señor Irurtia, otro mejicano, el señor Ramos Martínez—, me habían invitado para ir con ellos esta mañana al campo, a respirar el fresco aire y ver los hermosos paisajes que ellos trasladan a la tela. Había que levantarse temprano. Yo fui muy matinal y me dirigí a buscarlos a la rue Campagne Première. Nos encaminamos luego a la Avenue du Maine, en donde debíamos sacar a otro compañero. Serían las seis, más o menos. El cielo estaba tranquilo y claro. Caminábamos conversando alegremente de proyectos, de luchas, de obras por hacer, de sueños por realizar. De repente, al llegar a la avenida, uno de mis amigos llama la atención:

—«Eh, miren alla, en el cielo. Santos Dumont, seguramente». Un globo, no lejos, estaba a nuestra vista. Se dirigía como hacia el lado de Mont Rouge.

Yo hice notar que Santos Dumont, según los diarios, había llegado hacía dos o tres días, de los Estados Unidos, bastante enfermo. Seguimos mirando el aerostato, que se acercaba más, cuando no pudimos menos de lanzar un grito: «¡Se quemat!» Del globo salió una luz, una llama, y se produjo una detonación, un corto trueno, y luego un humo que nos llenó de espanto a todos, a nosotros y a unos cuantos transeúntes que se habían detenido a ver... No; es algo tan horrible que no encuentro cómo escribirlo. La impresión penosa me dura, y el recuerdo me durará por toda la vida. El globo reventado descendió en un momento, arrasado por el pesado aparato que servía de barquilla. Fué tan rápido eso, que no nos dimos cuenta exacta del tiempo; unos pocos segundos. Oímos el ruido del choque, horroroso choque, como a unos doscientos metros... El espanto parecía que había paralizado a todo el mundo. Mis amigos y yo no nos hablábamos una sola palabra hasta momentos después, que pasaron varios automóviles que venían en socorro de los aeronautas. A lo largo de la avenida, cerca de la rue de la Gaîté, estaban los restos del globo, y bajo ellos, los despedazados restos de dos bravos hombres: el pobre señor Severo, diputado brasileño, émulo de Santos Dumont, y su mecánico, M. Sachet. A poco llegaban las camillas y se recogían los cuerpos... Yo no quise ver... sacos sangrientos de carne y huesos deshechos... Luego supimos que allá, en el parque de Vaugirard, la pobre mujer del aeronauta y su hijo mayor, habían presenciado, locos de terror, la caída...

Ya no pensamos más en paseo ni en paisajes... Nos volvimos, rudamente conmovidos, enfermos, a nuestras casas. No, no olvidaré esto nunca, nunca...

Este pobre señor Severo, brasileño como Santos Dumont, había venido a París con el objeto de encontrar gloria, gloria y provecho, superando a su ya famoso compatriota. Aún no vieron algunos con buenos ojos el aparecer de este competidor, en los días mismos en que aquel joven aeronauta lograba sus mejores triunfos. Se apartó toda idea de envidia y mala intención, cuando se supo que fué a iniciativa de Severo, que el Congreso del Brasil acordó un premio valioso a Santos Dumont. Pero es el caso que él también estaba poseído por el demonio del invento, y unía a su carácter tesonero un valor singular. Lo que le faltaba, según dicen los entendidos, eran conocimientos prácticos en la navegación aérea, pues no había subido en globo a pesar de sus estudios teóricos, sino dos o tres veces, lo cual hace más temeraria la tentativa que le ocasionó la muerte. Un hombre más en la larga lista de los devorados por la ciencia, de los rechazados y destruidos por la fuerza secreta de la naturaleza, que no quiere dejarse conocer y vencer. Muchos designios desconocidos se oponen a la conquista del universo, al *humani generis potentiam et imperium in rerum*, de Bacón. Después de que muchos han caído, después de que la muerte y la desgracia han deshecho mil constancias y paciencias, un día llega en que alguien logra dar un paso adelante, entrar un poco en el

campo ambicionado. Enorme es el martirologio de la ciencia, y su número acrecerá hasta lo infinito. Es constante el que un abanderado caiga y otro recoja la bandera. Y el ejército silencioso sufre mermas y claros que se reponen luego. Caen las construcciones, explotan los laboratorios, muelen las máquinas, envenenan los gases, fulminan las fuerzas eléctricas, emponzoñan los microbios, y los consagrados a hacer adelantar la felicidad y el progreso humanos siguen en su labor ardua y paciente.

En la lucha con los elementos, el aire resiste, misterioso y traidor. Muchísimos son ya los que han corrido la suerte del antiguo Icaro; muchos los imprudentes y osados.

Recuerdo haber visto en el museo Borbónico un vaso pintado en que representa a Dédalo poniéndose las alas, ayudado por Minerva. Juzgo que esta pintura debía estar en el escudo de cada aeronauta, pues la cordura debe presidir a cada tentativa, so pena de exponerse a la irremediable catástrofe. Al echar a volar de la prisión cretense en que los tenía aprisionados el rey Minos, llevaban alas iguales Dédalo y su hijo Icaro; pero éste no escuchó los consejos prudentes de su padre y fué precipitado en el Egeo. Así, los Icaros modernos deben tener siempre fijo el significado del mito griego.

El desgraciado Severo, como el hijo de Dédalo, fue víctima del fuego; al uno los rayos del sol derrieron la cera de sus alas, y al otro el encendido motor hizo explotar el hidrógeno de su globo. La trágica prosa de estos infelices estrellados en pleno París, convertidos en una sangrienta masa, supera

en su horror al poético descenso del personaje legendario a las aguas de un mar armonioso. Severo era fatalista. «Si he morir hoy, dijo, moriré.» Y murió. Era también bastante meridional. Gustaba de las hermosas frases, y llevaba en su barquilla papeles impresos en que «El Brasil saludaba a Francia desde el Pax». Su entusiasmo era superior a su reflexión, cosa que no ocurre en los verdaderos sabios... Su ímpetu poético le fué fatal, y su noble impaciencia de victoria. Pensaba construir después de su primer triunfo un gran globo que se llamaría Jesús, y con el cual atravesaría el Océano. Soñaba en la paz humana, en la conquista de tranquilidad del mundo por la ciencia y por la virtud cristiana. La casualidad, que es misteriosa pariente de la ironía, hizo que el globo llamado Pax cayese con su creador Severo en la calle de la Gaité, y que el globo Jesús quedase en proyecto en el despedazado cerebro del lamentable brasileño.

No se arredran los que tienen la fiebre del descubrimiento. No les atemoriza la terrible elección de un antecesor que fracasa en un drama espantoso. Todos saben que hay escollos y dificultades, y lo que es peor, la probable muerte. No importa. La fe va de guía; la fe, que es ciega. Así el desventurado Severo. Así tantos otros. Pilatre de Rieres no aleccionó a Zambeccari, ni Zambeccari a Giffard, ni Giffard, entre muchos, a Woelfert, ni Woelfert a Jagels, ni Jagels a los Tissandier, a Renard y Krebs, a Santos Dumont y al soñador del Pax y del Jesús.

Los chinos y los japoneses tienen dioses horribles de los elementos. Los dioses del aire, de la tierra,

del fuego, son seres a quienes hay que hacer sacrificios y no ofender en sus distintos reinos. La iglesia católica reconoce en cada elemento una potencia que obedece a sus conjuros, y a los cuales el sacerdote bendice en día señalado, conforme al ritual. Mas el esfuerzo humano va conquistando a cada paso el dominio del mundo, en continua lucha con lo desconocido. Y dioses nuevos se descubren: el dios de la electricidad, el dios del vapor asientan más y más su potencia sobre la faz de la tierra. Mas para alcanzar esas victorias, ¡cuántas víctimas, cuánta sangre, cuánta vida!

¡Pleno cielo! cantaba Hugo. Ninguna conquista más atrayente, más grande, más trascendental que la del espacio. La locomoción aérea dirigida y voluntaria, es el cambio de la existencia actual; el advenimiento de una nueva era, la revolución más decisiva en el estado actual de las sociedades humanas. La guerra no desaparecería de entre los hombres; pero sí mil leyes, convenciones y modos de ser. Hay en ello mucho en que soñar, y la sonrisa del lápiz ha trazado ya más de una graciosa imaginación con ese tema.

Se explica el entusiasmo de un inventor, al creer ya en su poder las riendas del huracán, el imperio del cielo azul. Ser como el águila o el cóndor, sobre la pequeñez de las fronteras y de las aduanas, y realizar una vez más la grandeza del mito, siendo sencillamente y con fuerza simplemente humanas, una voluntad casi divina. Es, en verdad, demasiado hermoso. Mas la esfinge, no se deja vencer fácilmente. La energía de lo oculto se manifiesta contra

el hombre invasor que se atreve a rasgar el velo de lo misterioso.

Et les bûchers flambaient, multipliés, dans l'air  
Fétide, consumant la pensée et la chair  
De ceux qui, de l' antique Isis levant les voiles  
Emportaient l'âme humaine au delà des étoiles.

Así dice el poeta, y así se cumple. Y así se ha ido en el penoso y largo camino desde el hombre lacustre hasta los Pasteur y los Edisson, desde Tubalcaín hasta Eiffel, desde el fabuloso hasta los modernos Icaros.

—¿Qué hará usted ahora?—han preguntado a Santos Dumont después del trágico suceso de la Avenue du Maine.

—Recomenzar—contestó.

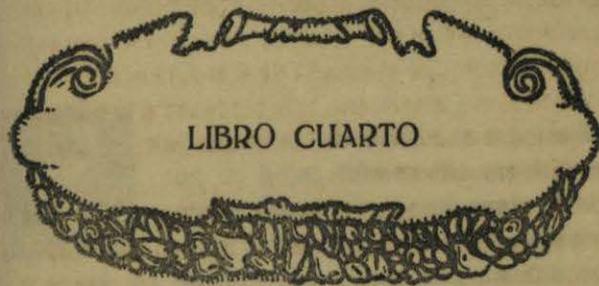
Y comenzará de nuevo. Y quizá él también vaya a aumentar la lista de los sacrificados, por la noble tenacidad que hace a los héroes y a los sabios. ¿Creerá él también en la fatalidad?

El elemento que pasa por la naturaleza entera y al cual llamamos vulgarmente fatalidad, toma un aspecto brutal y bárbaro, dice Emerson. Y Chaucer: El destino, ministro general que ejecuta todo aquí abajo—la cosa prevista por Dios—, es tan fuerte, que, así el mundo entero hubiese jurado lo contrario, por sí o por no, un acontecimiento que no llega en mil años, llegaría en un día dado; pues, ciertamente, nuestros deseos o apetitos, guerreros o pacíficos, de odio o de amor, están aquí gobernados por una presciencia superior.

Y si el luchador ha de triunfar, triunfará, pues la fatalidad del bien es igual a la fatalidad del mal, y en donde el acorazado que sabe adonde se dirige, se hunde, la carabela de Colón, pasa guiada por el destino hacia en donde ha de aparecer la deseada América.

Icaro ha de ser, por fin, dueño del elemento con que ha tanto tiempo brega. De las legendarias alas a la aviación actual, los trofeos ganados son muchos. La raza es generosa y potente. Eupalamo, que inventó los barcos, y cuyo laberinto, que se creía invención de la fantasía, acaban de encontrar felices arqueólogos fué un ser de carne y hueso y el maravilloso arquitecto fué el abuelo de Icaro. Hoy surge un hijo de la tierra americana, que representa la antigua estirpe y que quizá sea el señalado por la suerte para el logro definitivo.

Es de notarse que es el nuevo continente quien da hoy esos nombres a la gloria. Y Severo muerto, y Santos Dumont en la obra que le posee, son lustre y orgullo, no solamente del Brasil, sino también de la América toda. O para decir mejor, de la humanidad.



LIBRO CUARTO